



EN HONOR A SAN JOSÉ

- ❖ NOVENA
- ❖ SAGRADO MANTO
- ❖ DOLORES Y GOZOS

SHALOM

Textos: **padre Tarcisio Stramare, osj**
don Giuseppe Brioschi, sdb

Portada: pintura realizada por la señora Luigina, que se encuentra en la Capilla Oasis de la Paz, Bijakovici

© Editrice Shalom - 4.10.2019 San Francisco de Asís

© Libreria Editrice Vaticana (textos de los Sumos Pontífices)

© Textos bíblicos: Versión oficial de la CEE

(Conferencia Episcopal Española)

ISBN 9 78 88 8 404 625 3

Para pedir este libro indíquese el código 8968



SHALOM

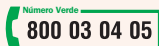
editrice

Via Galvani, 1
60020 Camerata Picena (AN)

Tel. 0039 (0)71 74 50 440

de lunes a viernes, desde las 9:00 hasta las 19:00

sábado desde las 9:00 hasta las 17:00



solo para pedidos

Fax 0039 (0)71 74 50 140

a cualquier hora del día y de la noche.

ordina@editriceshalom.it

www.editriceshalom.it

La editorial Shalom no cede los derechos de autor (ni patrimoniales, ni morales) al autor del presente libro.

ÍNDICE

| | |
|--|----|
| <i>Introducción</i> | 4 |
| Novena a san José | 11 |
| (duración 9 días) | |
| Sagrado Manto | 27 |
| (duración 30 días) | |
| Dolores y Gozos en honor a san José | 45 |
| (duración 1 año) | |

Introducción

San José es un hombre concreto y plenamente responsable, que envuelve con su amor a quien se le ha confiado: María y Jesús.

Cuando María recibió la visita del ángel, ya era su prometida. Así, dirigiéndose personalmente a María, Dios ya une íntimamente a José al misterio de la encarnación. Él, acogiendo a María en su casa, acoge el misterio que hay en ella, el misterio que es ella misma, y la ama con ese gran respeto que es el sello del amor auténtico.

Precisamente José, padre y custodio de la Sagrada Familia, pone legítimamente el nombre al niño. Dios, fuente de toda paternidad en el cielo y en la tierra, desea que sea el justo José quien ponga el nombre – que él mismo ha revelado – al Hijo, llamándolo Jesús. No lo hace María. El Altísimo quiere que lo haga José, y esto por algunas razones; sobre todo, porque quiere que, como María, colabore íntimamente en la redención, para que también él “dé a luz”, en la responsabilidad que le es propia, al hombre Jesús; en segundo lugar, porque Dios quiere que la paternidad del hombre sea signo de su misma paternidad y fecundidad.

Aunque las referencias a José en el Evangelio son pocas, es posible advertir, en algunos pasajes, algunos elementos que revelan su vocación: «*Tu padre y yo te buscábamos angustiados*», dice María; «*Debo ocuparme de las cosas de mi Padre*» (Lc 2,48-49), responde

Jesús. De hecho son las propias palabras del Emmanuel las que nos ayudan a entender la paternidad de José; recordando a los progenitores el primado de aquel que llama «mi Padre», Jesús revela la verdad del papel tanto de María como de José. Este es verdaderamente esposo de la Virgen y padre de Jesús, como ella afirma cuando dice: «Tu padre y yo te buscábamos», pero su sponsalidad y paternidad es totalmente relativa a la de Dios. José, de esta manera, está llamado a convertirse, a su vez, en discípulo de Jesús, dedicando su vida al servicio del Hijo unigénito del Padre y de María, la Virgen Madre. Se trata de una misión que él prolonga con respecto a la Iglesia, a la que siempre brinda su asistencia y protección.

Jesús declara a la muchedumbre y a sus discípulos: «*Uno solo es vuestro Padre*» (Mt 23,9). De hecho, no hay otra paternidad que la de Dios; sin embargo, al hombre, creado a su imagen y semejanza, se le ha concedido participar de la paternidad divina (Ef 3,15). San José lo manifiesta de manera eminente. Aunque no es el padre biológico de Jesús, sin embargo, ejerce una paternidad completa y plena. Ser padre es, sobre todo, ser servidor de la vida y del crecimiento. San José, en este sentido, ha dado prueba de una gran dedicación. Por Cristo ha conocido la persecución, el exilio y la pobreza. Ha tenido que establecerse en un lugar distinto al de su aldea y su única recompensa ha sido la de estar con Cristo y con María.

Entre los muchos aspectos de su maravilloso testimonio, hay que destacar su silencio. El suyo es un silencio empapado de contemplación del misterio de Dios, en actitud de total disponibilidad a su voluntad. El silencio de José no manifiesta un vacío interior sino, al contrario, la plenitud de fe que lleva en su oración y que guía todos sus pensamientos y acciones. Un silencio gracias al cual, al unísono con María, custodia la Palabra de Dios, confrontándola continuamente con los acontecimientos de la vida de Jesús; un silencio entrelazado de oración fiel, de bendición del Padre, de confianza en su voluntad y de abandono confiado a su providencia.

No es exagerado pensar que precisamente de su padre, José, Jesús haya aprendido – en el plano humano – esa interioridad robusta que es la base de la auténtica justicia, la justicia de Dios, que él un día enseñará a sus discípulos. También de José Jesús aprendió a ser hombre y también nosotros, con la ayuda del hombre justo y de la Virgen María, estamos llamados a aprender el sentido de la paternidad y de ser hombres.

Si María es espejo de la «maternidad creadora de Dios», José es signo de la «paternidad fecunda, firme y amorosa del Padre».

La vida de José, transcurrida en la obediencia a la Palabra, es un signo elocuente para todos los discípulos de Jesús que aspiran a la unidad del pueblo de Dios. Su ejemplo invita a comprender que, solo abandonándose

plenamente a la voluntad de Dios, el hombre se convierte en un trabajador cooperador eficaz de su designio, que quiere reunir a los hombres en una sola familia. Por esto, la Iglesia nos lo propone como singular modelo de servicio a Cristo y a su plan de salvación y lo invoca como especial patrono y protector de la familia de los creyentes (el 8 de diciembre de 1870, Pío IX proclama a san José «Patrono de la Iglesia universal»).

La reflexión sobre el itinerario humano y espiritual de san José nos invita a apreciar la magnitud de la riqueza de su vocación y del modelo que se propone a todos aquellos que han dedicado, y dedican, su existencia a Cristo en el laicado, el sacerdocio, en la vida consagrada, en la matrimonial y en la familiar. San José ha vivido a la luz del misterio de la encarnación no solo con la cercanía física, sino también con la atención del corazón. Él nos desvela el secreto de una humanidad que vive en presencia del misterio y está abierta a él a través de los detalles más concretos de la existencia. En él no hay separación entre fe y acción. Su fe orienta de manera decisiva todas sus acciones. Paradójicamente es actuando, asumiendo sus responsabilidades, como se aparta y deja a un lado sus justas aspiraciones, para dejar a Dios la libertad de realizar su obra.

En el transcurso de la historia muchos santos han sido devotos de san José. Recordemos a **santa Teresa de Ávila**, que afirmaba: «Cualquier gracia que se pida a san José ciertamente se concederá. Quien no lo crea,

que haga la prueba, para que se persuada». Y sigue diciendo: «Su ayuda me fue siempre más grande que lo que habría podido esperar. No recuerdo haberle pedido nunca gracia alguna sin haberla obtenida rápidamente. Ayuda muchísimo a quien se encomienda a él».

San José Marelló recomendaba a sus discípulos: «Pidamos a san José que sea nuestro director espiritual; es necesario tener las mismas aspiraciones que san José, que fue el primero en la tierra que se ocupó de las cosas de Jesús; él, que lo custodió de niño, lo protegió de joven e hizo de padre en los primeros años de su vida».

San Luis Guanella, describiendo a san José como modelo de piedad, decía: «Cuando, abrumados por la necesidad o el cansancio, o la tristeza, sintamos la necesidad de que una voz poderosa interceda por nosotros ante los Corazones inmaculados de Jesús y de María, recurramos confiados a san José y él, que tantas veces probó las humillaciones inherentes a la pobreza, se hará escuchar como nuestro poderoso abogado y padre».

Los mismos pontífices han impulsado la devoción al esposo de María. Entre ellos **León XIII**, que proclamó a san José patrono de todos los cristianos y escribió: «A los padres de familia les concederá la gracia de vigilar a sus hijos y de educarlos cristianamente. A los esposos les concederá el don de un amor recíproco y duradero, de una concordia perfecta en el vínculo conyugal. A los solteros les comunicará el espíritu de una gran pureza y

castidad; a los nobles les enseñará cuál es la verdadera grandeza y la verdadera riqueza. A los trabajadores y a los indigentes les enseñará el modo de santificarse a sí mismos santificando el trabajo y soportando con serenidad la pobreza». **San Juan XXIII** decía: «¡San José! Le amo tanto que no puedo comenzar ni terminar mi jornada sin que mi primera palabra y mi último pensamiento sean para él». Y **san Juan Pablo II** declaró: «El Padre celestial ha depositado en las manos de José los tesoros de la redención que son Jesús y María».

San José es realmente un padre que protege y acompaña en el camino terrenal a quienes lo veneran, como protegió y acompañó a Jesús mientras crecía. Pidamos constantemente su preciosa mediación para que los padres, todos los padres, sepan ejercer la paternidad con la misma justicia amorosa y firme de este hombre extraordinario que amó radicalmente a la humanidad en María, su esposa, y en Jesús, el Hijo de Dios.

Dejemos que nos enseñe a estar atentos a los que nos rodean y a manifestar el rostro amoroso de Dios a las personas pobres y necesitadas de afecto y atención. Viviendo una relación de intimidad con él lo descubriremos como un auténtico maestro de vida interior: nos enseñará a conocer a Jesús, a vivir con él y a sentirnos parte de la familia de Dios.